

A una palabra del abismo

Yuván de J. Z. V.

Image not found.

Capítulo 1

Sucedió durante un largo invierno emocional que se extendió por diez años iniciando en abril de 1907. Estaba próximo a terminar en la estación de otoño con un dolor coeterno que avivó una vejez anticipada en su corazón de escasos 20 años de edad. No había una razón para sentirse joven.

Había de todo en su cerebro intranquilo, menos un paisaje de intimidad con música y sosiego. Qué importa que tan joven fuera. Parecía que ese sentimiento jamás hubiera existido.

Así lo dedujo Aby que se esforzaba por no quitarle la mirada de encima, al avistarlo desde el hombro de su amiga que le daba la espalda al extraño. Llamó su atención luego de que derramara el café por segunda vez sobre la mesa.

Lo hizo a propósito al sacudir el pocillo de plástico. No se requería un pronóstico médico para saber que no padecía la enfermedad de Parkinson. El temblor en la mano era voluntario. Tan evidente, como el cuadro depresivo que podía olerse a la distancia.

El mesero llegó con el pedido: dos pocillos de café y una almojábana. Yerena no dudó en saborearla.

No pareció importarle que mojara la carpeta de cartón, en la que había guardado un cúmulo de hojas impresas sujetas por un clip metálico, que antes intentó leer... Pero estaba molesto por algo. ¿Cómo saberlo?

Mordisqueó un trozo de pan y luego otro... y luego otro... y luego otro... y otro más... ¿Quería atragantarse? La tos fue inevitable por la resequedad en su garganta. De pronto, tuvo náuseas. Se levantó dirigiéndose al interior del café.

Trató de ocultar su semblante al caminar.

La mirada de Aby no pudo seguirlo.

La música crepitaba apacible entre las voces de los presentes. El espacio destilaba un exquisito aroma a café fresco y pan recién horneado. Una dulce combinación para un hambre amarga. La satisfacción se leía en los labios aguados y los rostros complacidos.

Afuera, el cielo estaba turbio y matizado a la vez. Había ripio de gris, escarlata, verde turquesa y azul marino que inspiraban a creer la

existencia de un océano en el aire. ¿Alguna extravagancia de su creador?

El mismo pronóstico del tiempo sin el matiz era el que habitaba en sus emociones.

Regresó a la mesa con un vaso de agua y repitió la maroma del pocillo. Su mente estaba en otra parte.

—¿Qué es lo que te entretiene, Aby? —posó la palma de su mano derecha sobre el antebrazo izquierdo de su amiga, haciendo que retornara la mirada hacia ella—. Parece que el café no fue buena idea.

—Te equivocas. Claro que lo fue.

—Y... qué opinas entonces.

—Sobre qué.

—Lo ves. No escuchaste nada de lo que te dije.

—Disculpa. ¿Podrías repetirlo?

—Claro que no, amiga. No sé qué parte escuchaste. Aunque por lo visto... nada.

—Lo siento Yerena. En verdad. Es solo que...

Retornó la mirada por encima del hombro de su amiga hacia el extraño. Fue como si la hubiera halado.

Yerena giró su cuerpo.

—Ya veo. Hoy no estás para cosas triviales.

—No es lo que piensas. Es su conducta...

—¿Ahora eres psicóloga?

El vaso con agua y el pocillo con asiento de café en el fondo los había puesto en los extremos opuestos de la mesa.

Ahora las palmas de sus manos sujetaban la frente, o la frente se apeaba a ellas, clavando la mirada sobre el documento impreso que extrajo de la carpeta de cartón. ¿Qué era?, ¿un contrato?, ¿la escritura de un predio?, ¿el documento jurídico de una cuenta por pagar en mora?, ¿los documentos de una herencia?

Por el tamaño de la preocupación, diría que se trataba de un enorme lío jurídico por una deuda pendiente.

No aparenta dos décadas de vida. ¿Sería eso posible?

¿Qué joven de veinte años anda con el alma atormentada por una tonta deuda, dejando entrever desde sus ojos, un dolor inexplicable que conduce a un horroroso abismo que nadie se atreve a cruzar de forma consciente y decidida?

Por lo visto, no había solución para su problema.

Se incorporó de la mesa dirigiéndose de nuevo al interior del café. Llevaba la factura en la mano, y un libro de bolsillo que debió mantener oculto en el bolsillo de la chaqueta. Luego de pagar la cuenta se alejó...

Llevaba prisa.

Aby se levantó al advertir que la carpeta quedó sobre la mesa. Era imposible que la hubiera olvidado cuando permanecía desplegada, con el documento abierto en alguna página que recién leía.

¿Un olvido voluntario?

Antes de que el extraño se ausentara a la distancia, se acercó a la mesa... tomó la carpeta y se dispuso a darle alcance.

—Espere —fue lo que se le ocurrió.

—¿Qué haces, Aby? —Manifestó su amiga—. ¿Te has vuelto loca?

Debió disfrutar del café sin compañía.

Al doblar la esquina el extraño se había esfumado. Rondó por el alrededor sin ubicarlo. No tenía una amplia claridad de los detalles de su físico, pero cuando pudo apreciarlo en un segundo no fue para nada desagradable a su gusto. Alguien en su cavidad torácica se sintió atraído.

Decidió regresar al café. Yerena se había marchado.

—Disculpe —se dirigió al mesero que aseaba la mesa—. La mujer que me acompañaba hace un momento...

—Se marchó... ¿Algo más?

—Sí. Un café... sin azúcar.

Tomó asiento y saboreó visualmente la carpeta sin atreverse a hojear el contenido. Desplegó la mirada alrededor antes de atreverse. Quería estar segura que no había regresado para recogerla.

—Papá siempre dice que soy más curiosa que un gato —dijo—. Así que... no lo decepcionemos.

No había terminado el comentario cuando la carpeta estaba expandida sobre la mesa.

¡Dios! —exclamó—. ¿Es una broma?

Sintió un ligero escalofrío que le heló la sangre.

Algo había leído.

—Su café —dijo el mesero.

Le agradeció con el bosquejo de una sonrisa. No había tiempo para más.

Era el primer capítulo. Lo decía claramente antes del inicio del primer párrafo. Escudriñó al interior del contenido tratando de buscar algún vestigio consolador que le devolviera la calma arrancada de improviso. Por desventura, no acertó en el enunciado:

«Todavía me atormenta la mirada de mi madre. La radioterapia le decapitó la alegría extraviada, que antes el destino convirtiera en pánico con la muerte de papá. Me atemoriza cerrar los ojos cuando no puedo desprenderme del tétrico recuerdo en el sarcófago. Aun me veo suplicante estirando mi mano para que la tome... Toma mi mano. Toma mi mano. Despierta. No la dejes huérfana, papá».

Sintió que un escalpelo le laceraba el corazón.

—Te extraño mamá —dijo mortificada por el relato. Tenía algo de su propia historia.

Quiso imaginar que el extraño aquel era un escritor novato, y su comportamiento era el resultado de una escena que intentaba dramatizar para su próximo capítulo.

Sin que hubiera sido voluntario, derramó el café sobre la mesa.

Cerró el manuscrito sin la intención de continuar indagando. Pensó en su amiga Yerena, y buscó su contacto en el celular.

No estaba segura de que hubiera valido la pena el ignorarla.

Un suspiro profundo fragmentó el miedo repentino que por un instante tomó vida en su interior.

La llamada fue al buzón de mensajes.

—Que tonto —comentó. Mientras, no pudo evitar pensar en el manuscrito olvidado que también le punzó el alma en un segundo. Tenía por título: «Mi muerte en diez capítulos».

Capítulo 2

Lo intentó de nuevo sentada desde el borde de la cama. Definitivamente su amiga se había molestado. Ya le había dejado un par de mensajes más en el buzón.

Se acercó al espejo de tocador para retirar la mancha de labial que aun sobrevivía, limpió sus pestañas y retiró con un pañuelo húmedo la gruesa capa de maquillaje, que en ocasiones le generaba irritación. Esta fue una de esas veces.

Tenía el rostro adormecido por una extraña angustia que no comprendía. Intentó recordar el rostro de aquel que la estaba atormentando sin razón alguna. «No creo recordarte bien... si es que vuelvo a verte», aclaró antes de fingir una leve sonrisa.

—Que tonta soy —dijo para sí, ladeando la cabeza hacia el escritorio que daba frente a la cama. Se dirigió hacia él y tomó el manuscrito que había depositado en su superficie. Orientó la mirada hacia el balde metálico de color plateado dispuesto a un lado del escritorio, donde iban a parar los desechos de papel.

La bolsa plástica en su interior estaba repleta, no le cabía un documento más, sin embargo, estaba decidida a olvidar el asunto dispuesta a embutirlo a la fuerza.

Esa fue la idea, más no la intención real, cuando se abstuvo titubeando por un par de segundos, para decidir que lo guardaría en el baúl que heredó de su abuela materna. Era de madera, de aspecto envejecido por los años. Su amigo Nareo hizo un excelente trabajo de ajuste y tapizado. Lindaba con el lado izquierdo de la cama, y sobre él, descansaba una lámpara decorativa. Solía encenderla sin la luz de la habitación cuando usaba el celular antes de dormir...

Retiró la lámpara, abrió la cerradura y levantó la tapa superior del baúl, depositando el manuscrito sobre una montaña de documentos que tenía apilados al interior, entre otras cosas...

Acostumbraba una vez al mes revisarlo para desechar papeles y recuerdos, que llevaba consigo por años. No tenía el carácter para desecharlo todo de una vez. Le quedaban algunos días de vida al manuscrito antes de atreverse...

La tarea cesó cuando la alarma del celular llamó su atención. Era un mensaje de texto:

—¿Mi obstinada amiga está disponible, o todavía está correteando al extraño del café?

«¡Que chistosa eresi», murmuró antes de escribir:

—No pude darle alcance, pero... espero encontrarlo para devolverle lo que olvidó sobre la mesa.

—Creo que mejor te llamo.

Tan pronto sonó el celular y Aby lo descolgó, la conversación continuó sin interrupción ni saludos.

—¿No se te ocurre pensar que no lo olvidó, y que solo lo desechó a la espera de que alguien lo arrojara a la basura?

—Es probable. Por cierto... ¿por qué no me esperaste?

—No dijiste que volverías. Y ahora que lo mencionas, ni siquiera dijiste una palabra. Se supone que estabas conmigo. ¿Qué querías que hiciera cuando saliste corriendo como loca detrás de un desconocido?

—No era por él, solo quería devolverle el documento que olvidó.

—Que generosa. No recuerdo que mi amiga haya hecho lo mismo cuando olvidé uno de los libros de la biblioteca en la cafetería... Estabas conmigo.

—No seas melodramática. ¿Eso indica que todavía estas molesta?

—Eso depende.

—¿Qué se te ocurre ahora?

—Déjame pensarlo... Debe ser algo que retribuya el haberme ignorado, y luego abandonarme como una tonta.

—Suenas como un novio celoso. No querrás que ahora te consienta, ¿o sí?

—Una invitación a comer papas y hamburguesa no estaría mal, así me enterarías del famoso diario.

—¿Qué te hace pensar que lo leí?

—Porque eres tan curiosa como yo.

—No es un diario...

—¿Y qué es entonces?, ¿alguna herencia que valga la pena?

—Mi buena amiga Yerena hoy está muy cómica.

—¿Y que es, entonces?

—Digamos que... tiene algo de diario y algo de novela. Lo cierto es, que tengo el primer capítulo, y por lo visto, la historia completa tiene diez.

—¿Cómo lo sabes?

—Simple. Dice capítulo uno, y el título manifiesta cuantos son.

—¿Y cuál es el título?

—Nunca lo creerías. Tiene por título: "Mi muerte en diez capítulos".

Un sutil zumbido le anunció un nuevo mensaje por Whatsapp.

Una risa espasmódica imaginaria de su amiga se reflejó muda en la pantalla del celular en un largo «jajaja».

—Qué. ¿Ahora te ríes por el chat para no desgastarte la garganta? Si piensas reírte, hazlo con ganas, dicen que es saludable.

—Si así lo quieres...

Y la risa se escuchó a través del teléfono en la forma de una tonada de baile clamorosa, que no fue difícil imaginarla como una partitura musical acompañada de movimientos corporales.

Aby la escuchó paciente hasta que la risa se extinguió con el aire.

—No es un chiste, Yerena, puedo enviarte copia de la primera página...

—¿Crees que él lo escribió? —preguntó al recuperar el sosiego.

—No lo sé.

—¿Ya buscaste el título en internet?, tal vez exista...

—Es buena idea. Aún no lo hago.

—Déjame ayudarte.

Por un momento, Yerena se ausentó del diálogo para navegar en la web, en busca de evidencia. Tras un largo minuto retornó a la conversación.

—Nada que se le parezca, amiga. Así que...

—¿Qué?

—Se me ocurre que tu extraño amigo puede ser el autor de una novela.

—No es mi amigo. Ni siquiera lo conozco. Y eso de que sea el autor de una novela... está en duda. Puede ser un simple ensayo de literatura o de teatro. Cómo saberlo.

—Si. Es posible. ¿Cuándo me prestas el manuscrito? Quiero leerlo.

—Me deshice de él... o más bien... lo guardé por unos días. Luego lo echaré a la basura.

—No tienes la intención de botarlo, ya lo habrías hecho.

— No es cierto. Ya conoces el proceso de todo lo que guardo en el baúl.

—Con que está en el baúl. Que interesante.

—Ni se te ocurra...

—¿Quieres que ría de nuevo?

—Que tonta eres. Bueno amiga, nos veremos mañana en la universidad. Ya es tarde.

—Casi lo olvido. Mañana estaré hasta mediodía con Sandy, me pidió que lo acompañara a una cátedra sobre el suicidio.

—¿Qué? ¿Tan ligero se cansó de ti y ya piensa desecharte convenciéndote de que lo hagas por tus propios medios?

—Y la chistosa soy yo —respondió.

Un par de sonrisas se mezclaron armónicas como testimonio de la amistad que había entre ellas.

—No olvides llevar el manuscrito.

—No creo que eso importe. Ya comenzaba a olvidarlo.

—Ni se te ocurra, amiga. Recuerda: papas, hamburguesa y manuscrito.

—Si eso te hace feliz, lo pensaré —respondió.

Se despidieron efusivas.

Lo que no sabía Aby, es que, después de leer el primer capítulo, el destino se encargaría de que terminara de leerlo como si fuera parte de la historia.

Estaba por verse.

Capítulo 3

Había cambiado de oficio tres semanas atrás. El caballete permanecía a un lado de la mesa de estudio soportando un lienzo a medio terminar... un rostro joven y atormentado que en su forma pictórica, diseminaba la emancipación de una tragedia. No había más espacio para el dolor.

Sobre la mesa, la pequeña paleta de madera ostentaba una mezcla de colores parduzcos. A su lado la acompañaba un juego de espátulas de acero templado, hoja delgada y variadas terminaciones; las que no relumbraban por nuevas, bruñían manchadas por las mezclas de colores. El pincel redondo de pelo largo enlucía desaliñado por el descuido. Y el de pelo corto, lucía rígido por la resequedad. Daba la impresión que el artista había perdido el interés.

Antes sus pinturas eran sobre paisajes. Pero había alterado la temática desde el accidente.

Ahora contaba con un lienzo de papel de varias hojas. Y de pincel, usaba un bolígrafo redondo de una sola cerda. Pero cuando no los utilizaba, el arte llegaba a la pantalla del computador desde el teclado. Desde hacía tres semanas estaba esgrimiendo una nueva obra pictórica con palabras.

Era su forma personal de desahogo.

Un inoportuno y leve cansancio con forma punzante y atrevida lo sorprendió de repente en la geografía de su cuerpo.

Llevó la mano derecha a su pecho. Habría querido soltarla desde el pectoral y engancharla a su oído derecho como un fonendoscopio. Fue solo un pensamiento necio. Como tantos otros que ha fabricado su cerebro desde la muerte de...

¿Cuál de ellas?

Prefirió no recordarlas al tiempo.

Fue inevitable gimotear como si fuera un niño...

Era suficiente atormentarse con una sola pérdida para afrontar las pinceladas literarias de un capítulo. Era el número... En fin. Era el que ahora estaba en desarrollo. Y para nada quería fabricar en un santiamén, un collage que recopilara todas las tragedias vividas.

Las diversas temáticas correspondían a distintos capítulos.

Todo estaba planeado con suficiente tiempo y así debía ser. Además, demasiadas torturas para un corazón atribulado no traerían nada bueno. Y probablemente, incumpliera lo que a sí mismo se había prometido.

Por un momento presionó con fuerza la mano sobre el pecho como si intentara borrar desde la superficie de la piel, aquella última pesadumbre que quedó escrita en el corazón con el dolor. Lo cierto es, que había sido escrita con tinta indeleble destilada de lo más profundo del alma. Era imborrable. Ni siquiera la muerte era suficiente para ignorarla.

Retornó la mano sobre el papel.

—Bla, bla, bla. Maldita sea —sentenció descargando el bolígrafo con fuerza que rasgó la hoja escrita. Era evidente que las ideas se habían atrofiado en su cerebro.

Había acertado al escribir antes... y transcribir después desde el papel a la computadora. El teclado, probablemente, no había soportado la ira destructora de la mano.

El rostro fotografió los gestos atizados sin dejar de masajear el pecho.

Se levantó de la silla. Esta vez, las manos aprisionaban su cabeza con fuerza. La cefalea que lo atormentaba desde tempranas horas del día se había convertido en un incordio intolerable. No debía recordar. No debía recordar. No debía recordar... Debió taladrar como una canción psicológica en la órbita de su cabeza quien sabe cuántas veces, para hacerse a la idea de que era lo correcto. Pero fue inevitable...

Ya estaba recordando.

¿Qué?

«Neela posó la mano sobre el vientre que ya empezaba a curvarse. Él le sonrió, conduciendo sus labios sobre la esfera blanquecina cubierta de tela algodónada. La fragilidad de su corazón enamorado no lo dejaba razonar. Había olvidado que estaba al frente del volante y los paisajes se movían con rapidez que daba la impresión de resbalar sobre el asfalto. Fue precisamente lo que ocurrió con el vehículo».

No pudo recordar más.

Era cierto. No había nada más para recordar de aquel momento así lo hubiera querido.

El siguiente instante en su memoria tenía que ver con un tubo fastidiando en su garganta y una cánula en sus fosas nasales. Y un instante después cuando la vida le recordó que no estaba solo... le llegó la verdad para

enlutarle el alma.

Su hermana Kay fue la mensajera. No quería enterarlo tan pronto recuperara el conocimiento. Sucedió tres días después. Pero se vio forzada a hacerlo cuando «Neela» fue la primera palabra que floreció en su boca. Y la primera que se marchitó cuando...

Entonces... solo lágrimas.

Después... solo gritos.

Se aferró a su hermana desde el borde de la cama y con su voz enardecida reclamaba la presencia de Neela y de Sailon.

La enfermera joven de sonrisa de cristal y piel lechosa le aplicó un sedante.

No debía recordar.

—Estúpida cabeza —dijo, liberando las manos.

Decidió encender un cigarrillo, quizá, con la idea de quemar los pensamientos para no atormentarse más. Se dirigió al baño y hurgó en el botiquín ubicado en una de las gavetas al lado del lavabo. Finalmente, se engulló un par de píldoras y tomó un vaso con agua para combatir la cefalea.

Suspiró profundo mientras se reflejaba en el espejo ubicado sobre la palangana.

Era hora de continuar pintando con las palabras. Retornó a la mesa que ahora era su caballete, y cuando se disponía a reanudar el escrito, sonó el celular.

¿Neela? —Se preguntó imaginando una llamada celestial.

Capítulo 4

El teatro estaba a reventar. Los estudiantes de psicología no se perderían la cátedra del doctor Janz Whillers, invitado por la universidad de West London dentro del ciclo de conferencias en el área de las ciencias humanas y sociales para abordar la temática sobre el «suicidio». El trabajo final del octavo semestre, estaría relacionado con los distintos tópicos debatidos en el desarrollo de las conferencias, que abarcaban algo de: antropología, filosofía, sociología, psicología, política, y un poco de investigación personal.

El acreditado doctor Janz, médico, psicólogo y algunos otros saberes adquiridos en prestigiosas universidades del Reino Unido y Europa, hizo su aparición. Su aspecto inglés era notorio y expresivo que insinuaba un aire de satisfacción personal. En los atolladeros de su juventud debió llevar cabellera larga y un tatuaje, que quedaron anclados como fósiles en alguna estación del tiempo.

Se veía lúcido y algo encorvado sin que fuera por el peso de la barba que, años atrás, fuera sinónimo de vitalidad; ahora, lucía abundante y canosa por el conocimiento y el descuido, cuando no hubo tiempo para podarla en muchos años. Empuñaba con tesón el mango del bastón que le servía de sostén a su sabiduría y a una cifosis dorsal que se hacía más evidente a sus ochenta y algo años de vida. La habilidad motora también se había afectado. Alguna vez su cuerpo erguido fue un bastón de mando y autoridad. Pero ya hacía tiempo que la gravedad de la tierra reclamaba sus pertenencias. Comenzó con la aparición de la enfermedad...

Luego de la presentación de su currículo profesional que inició con las tesis de pregrado, la maestría y el doctorado, dejando para el final un variado menú de publicaciones en prestigiosas revistas científicas, se dio inicio a la conferencia sobre el tema del "suicidio" con la ayuda audiovisual.

—El suicidio es un presentimiento ya forjado en el cerebro. Tiene sus distintas formas de expresión cuando es motivado por agentes externos, y cuando no lo es... también las tiene —fue la sensata introducción del conferencista antes de adentrarse en el desarrollo y tratamiento de las ideas suicidas... Por una hora navegó en los caminos tortuosos y plagados de realidades que conllevan a la inmolación. Fue antes de la primera intervención del público.

La mano izada y suplicante permanecía a la espera de un permiso.

—Lo escucho —dijo el doctor Janz advirtiendo una pregunta, luego de orientar difícilmente la mirada y la palma de su mano derecha al fondo del

auditorio.

—¿Podría decirse que el suicidio es un asunto previsible en la mayoría de los casos? —preguntó Sandy. Era el de la mano izada.

Nadie imaginó que la cátedra tendría una parte práctica... Sucedió de pronto, al final de la pregunta, cuando dos ecos se cruzaron a la vez. No hubo espacio ni tiempo para la respuesta.

El eco inoportuno de un lamento casi escalofriante los levantó de sus sillas. Al parecer... alguien gritó: «se mató».

Fue lo que todos escucharon casi en la oquedad de sus oídos, después del desplome del andamio sobre uno de los laterales del teatro, que fracturó en mil fragmentos, los cristales de una inmensa ventana empotrada en la cúpula de la estructura arquitectónica. El impacto se filtró por las ventanas y puertas abiertas. Fueron las dos sensaciones: el golpe y el grito, las que actuaron como un rastrillo en las entrañas del auditorio.

Los estudiantes corrieron... alguien se había lanzado al vacío... Fue la premonición.

¿En verdad se había lanzado? ¿Quién asegura que no fue empujado? No tuvo que ser un empujón físico. ¿Puedes entenderlo? Suele ocurrir que un mal pensamiento puede arrojarte al vacío, al fondo de un precipicio, al abismo de algo; en fin... simplemente, te empuja cuando hay demasiadas razones para hacerlo. ¿Cuáles? Un dolor en el alma que perturbe la razón es el indicio de un mal pensamiento. Y un severo dolor emocional en el corazón puede ser la causa. Demasiado probable, cuando el protagonista cuenta con dos décadas de vida y una salud envidiable.

Era la edad precisa del sujeto que alguien arrojó entre los barandales del andamio. ¿Cómo saberlo? ¿Fue alguien real, o fue solo un pensamiento?

Sus compañeros de trabajo y los estudiantes que participaban de la conferencia, fueron los primeros en rodearlo a la espera del personal encargado de los primeros auxilios. «No lo toquen», dijo alguien con autoridad. El último auxilio estaba escrito en su destino. ¿Le había llegado el momento?

Entre los escombros había un cuerpo herido, y en derredor, salpicada de sangre, una carpeta de cartón había esparcido algunas de sus hojas. Las manos curiosas la recogieron y verificaron que no faltara alguna. Estaban numeradas. Supuso que sería un trabajo académico, y que el dueño, probablemente la víctima, fuera un estudiante de la universidad.

No fue así.

Un poco de lectura le insinuó que podía tener entre sus manos el motivo escrito para cometer el suicidio. Eso debía ser: "suicidio". Lo repitió varias veces su cerebro. Sintió un ligero escalofrío que la empujó fuera de la escena.

No demoró para que la universidad completa intentara volcarse hacia el teatro, que de haber sido una embarcación atestada de personas con el bloque de artes ubicado en la popa, había naufragado por la errada distribución del peso. Los rostros abrumados por el trágico suceso tenían una sola dirección. No había una boca muda, ni un sabio que interpretara todos los clamores. Alguno se atrevió a observarlo de cerca, demasiado cerca.

El overol azul oscuro estaba cubierto de sangre... La lluvia de cristales le laceró la piel. Y una de las barandas convertida en un arma blanca se clavó en su abdomen. No había voz para manifestar el dolor. Había perdido el sentido con el impacto sobre el piso. En su rostro juvenil podía leerse el martirio de la muerte atormentando el alma luego de que el pánico quedara congelado en sus facciones. La lectura del suicidio era confusa. Pero la interpretación del dolor, era diáfana como la caída del andamio.

Una brisa ligera cosquilleando la sensualidad de la mañana que se tornaba algo grisácea, amenazaba con convertirse en lluvia y enjuagar la sangre jaspeada en los cristales rotos; la tierra ya había ingerido algunos sorbos que le servirían de abono para los malos tiempos.

La espera continuaba y los celulares en apogeo fueron usados para lo que debía ser... llamar a urgencias. Les aseguro que no todos tenían la misma intención. No faltaron los fanáticos sin escrúpulos que aprovecharon el suceso para filmar el video y distribuirlo en las redes sociales. Yerena tenía sus propios motivos.

Sandy continuaba cerca del accidente como si quisiera memorizar el rostro de aquel joven. De cuando en vez, dispersaba la mirada para localizar a su novia. Supuso que estaba afectada.

La ayuda médica demoró más que el doctor Janz rengueando con su cuerpo maltrecho y la asistencia de su bastón de madera. Ya estaba entre los curiosos. Su rostro de preocupación insinuaba una tortuosa pregunta: ¿Acaso, estaba planeado?

Por fin llegaron los paramédicos.

Detrás llegó la policía casi rozando sus talones.

El diagnóstico de muerte fue errado. Aún tenía pulso. Luego de tomar las precauciones médicas lo cargaron sobre una camilla portátil para trasladarlo al hospital. Llegaría con un trozo de baranda metálica incrustada en su cuerpo. La ambulancia no demoró en esfumarse haciendo sonar la sirena de emergencia. No sucedió lo mismo con los curiosos que permanecieron esparcidos en pequeños tumultos haciendo sus apreciaciones y emitiendo juicios. La policía aprovechó el momento para la investigación.

La conferencia continuó con una audiencia alterada y motivada, luego de que el interés académico fuera reforzado con una aparente práctica circunstancial. El objetivo de la alma mater para ese día se había cumplido con un trágico desacierto que no fue programado. Jamás.

Antes de que la conferencia sobre el suicidio terminara, Yerena se retiró sin una explicación para su amigo Sandy. Fue solo un «hasta luego» y un beso efímero que no comprendió. Ya estaba molesta, cuando al parecer, el receptor de todos sus mensajes no estaba disponible. Lo intentó una docena de veces desde el sitio del accidente, y otra más desde el interior del teatro.

Yerena fue directo a la casa de su amiga Aby para enterarla del infortunio... y algo más. Lo hizo poco antes de que asistiera a su primera clase de la tarde. No podía creer que una docena de llamadas fueron al buzón de mensajes, y una docena de mensajes, por la evidencia del ícono, habían sido recibidos pero no leídos. Estaba a punto de un colapso nervioso si no la ubicaba. La visita también tenía la intención de averiguar las novedades sentimentales que estaban distanciando a su amiga.

—No puedo creer que pierdas el tiempo buscando al extraño de la cafetería. ¿Tuviste suerte? ¿Te adelantó algún capítulo?, o... ¿ya es tu novio? —fueron sus palabras tan pronto la visitó en su casa al abrir la puerta. Estaba tensa.

Ingresó directo a la sala y se sentó en el sofá de dos puestos. Aby la siguió mientras conversaba.

—¿Este es tu nuevo estilo? ¿Sarcasmo y enojo? ¿Dónde quedó el: hola, como estás, amiga, me alegro de verte?

—Te llamé una docena de veces. Y también te escribí una docena de veces. No estabas conectada.

—He estado atareada con tanto estudio. Y en cuanto al celular... esta mañana me enteré que no tenía carga. Pronto lo estará y, problema resuelto. Se supone que estarías ocupada con Sandy. Que nos veríamos

hoy por la tarde.

—Ni siquiera estás enterada de lo que ocurrió en la universidad.

—Y... ¿qué ocurrió en la universidad que no pudiera dar espera? ¡Ah!

—Dame un vaso con agua y te cuento.

—Respira profundo. Te caerá bien —aconsejó Aby dirigiéndose a la cocina; abrió el refrigerador, tomó la jarra con agua y le sirvió un vaso a su amiga.

Bebió el agua para calmar la sed. Pero el espíritu continuaba sediento...

—Soy toda oídos —comentó sentada a su lado en el sofá.

—Hubo un accidente en el teatro —explicó Yerena con la voz ya relajada—, un hombre joven, tal vez... 20 años.

—¡Oh Dios! —exclamó Aby—. ¿Cuándo?

—Eran las nueve, o algo así. En realidad... ocurrió por fuera del teatro. Precisamente cuando se desarrollaba la conferencia. Unos dicen que fue un accidente, otros que lo empujaron, y la mayoría, según los comentarios sueltos que rondaban por todas partes, suponen que fue un suicidio.

—¿Lo conozco? ¿De qué facultad es?

—No lo creo. Es un trabajador. Le hacían mantenimiento a la fachada del edificio. Por los rumores, este era el segundo bloque que atendían.

—¡Qué lástima por él!

—La verdad... parecía muerto. Un tubo lo atravesó... perdió el sentido... y... tenía pulso; fue lo que dijo uno de los paramédicos.

—¿Y eso es lo que no podía esperar hasta la tarde?

—Claro que no. Hay más.

Yerena introdujo la mano derecha en su mochila estudiantil y extrajo una carpeta de cartón. Se la ofreció a su amiga.

—¿Y eso? —preguntó Aby con ansia y repudio al advertir las marcas de sangre; la tomó de uno de los bordes. Su rostro fulguró distinto en un

segundo.

—Estaba entre los escombros en el sitio del accidente. Supuse que te interesaría.

—¿Y por qué habría de interesarme? ¿Algo que deba saber antes de echar un vistazo? No dirás que el muerto... si es que lo está, me mandó un recordatorio —comentó sosteniendo la carpeta con intriga y expresando una sonrisa a medias.

Yerena igual gesticuló una mueca antes de emitir una palabra.

—Capítulo 2. Relata la muerte de su madre —dijo.

—¿Qué?

La carpeta se desprendió de su mano.

Capítulo 5

Ya estaban cerca de la estación de policía en el barrio Chiswick. Bastó una simple llamada a la universidad para enterarse que les correspondía el caso por estar en su jurisdicción, cualquiera que fuera su naturaleza: suicidio, homicidio, y por supuesto, todo tipo de delitos menores que suelen ser la cuota inicial de un crimen.

Yerena no estaba para nada animada con la idea de llevar correspondencia anónima, cuando su presencia no pasaría desapercibida por las cámaras... ¿Qué estación de policía en este siglo no cuenta con circuito cerrado de televisión? Los enemigos son demasiados, tercos y oportunistas.

Las manos sobre el volante revelaban lo que estaba sintiendo: pánico. Por su cabeza centelleó de repente la idea de salir despavorida. Solo bastaba acelerar el auto y seguir de largo.

—No seas miedosa, Yerena —recriminó Aby que la acompañaba.

Intentaba ser valiente para satisfacer la intención de su leal amiga. Pero no estaba de acuerdo con la decisión cuando podría incriminarla. Ninguna de las dos sabía sobre la suerte del sujeto que resbaló del andamio. Si. Era preferible pensar en un error humano: "resbaló del andamio", que una intención malévola: "intento de homicidio". ¿Y dónde quedaba la opción de suicidio? Se supone que era la causa que las conducía a la estación de policía.

Detuvo el vehículo cerca de la estación para contar con algunos segundos que le permitieran darle un giro a la situación. Estaba a punto de negarse.

—¿Y si buscamos otra solución? —Lo dijo sin levantar la cabeza.

—Ya te lo expliqué, Yerena. Se supone que es evidencia, y que debía estar en el sitio del suceso... no en manos ajenas... ¿No has visto CSI... cualquiera de ellas? Podrían incriminarte por manipulación de pruebas en el lugar de los hechos.

Alzó la cabeza para mirar fijamente a su amiga.

—Puedes hacerlo tú. Eres la responsable de que tomara el maldito manuscrito.

—¿Y quién dijo que estaba interesada en el maldito manuscrito? Es lo que supones. Además... ya sabes el pánico que le tengo a la policía. Ni en

sombras entraría allí.

—Igual les tengo pánico.

—¿Es una broma? Tu padre es policía, tu hermano mayor está en el ejército al igual que dos de tus primos, tu hermano menor se la pasa hablando del tema y ya tiene planes para enlistarse, y si mal no estoy... también tienes un tío que está en las fuerzas armadas. En resumen: ya debes estar acostumbrada.

—Hay veces en que te detesto más que de costumbre, amiga. Pero tienes la razón.

—Pudiste entregarlo a tu padre y explicarle.

—Estás loca. Me mataría...

—No exageres.

—Claro que sí. Ya lo dijiste, son pruebas de la escena del delito. ¿Qué se supone que le diría? Mi amiga Aby está enamorada del estúpido que cayó del andamio, y se me ocurrió que podía tener algún recuerdo suyo.

—Qué tonta eres —reprendió Aby.

—¿Y si olvidamos todo este asunto? Nadie tiene que enterarse de lo que hice. Ni siquiera lo sabe Sandy. No sabemos si está vivo... Si no lo está. Si es el dueño de la historia y está tan depresivo que decidió terminarla con el segundo capítulo. O si casualmente estaba en aquel sitio porque alguien la perdió. Si la encontró y la leía cuando resbaló...

—¿Cómo saberlo? —cuestionó Aby interrumpiendo la retahíla de su amiga.

—Exacto. No sabemos nada, entonces para qué complicarnos.

—Escucha con atención, Yerena. Es cierto que no sabemos nada del asunto, ni intuimos lo que va a pasar, precisamente porque no conocemos del tema y nada que se le parezca. Pero si el joven muere y ese documento es... no sé... clave para resolver el caso, lo más conveniente es que ellos lo conozcan. De nada nos sirve a nosotros —luego de un leve silencio y un suspiro profundo que su amiga imitó, sostuvo—. Claro que saqué una copia por lo que pudiera pasar.

—¿Sacaste una copia? ¿No, que no estabas interesada en el manuscrito? ¿Y cuál es la intención? —Aby sonrió.

—Ninguna. Es solo curiosidad.

Sin objetar la respuesta se santiguó antes de bajar del automóvil.

—Deséame suerte —dijo.

Contó mentalmente los pasos hasta ingresar a la estación de policía. Llevaba la carpeta bien aferrada previendo que no se le escapara por un descuido. Dispersó la mirada al interior y se esforzó por no llamar la atención. No lo hizo muy bien.

De pronto sintió sed. El dispensador de agua automático fue el salvavidas. Se veía al fondo. Se acercó y tomó un poco de agua que atrapó entre la concavidad de las manos. Lo hizo después de ubicar la carpeta sobre el mostrador de madera ubicado a la entrada; fue más rápida que sigilosa al aprovechar que el oficial de policía dio la espalda. Cuando se disponía a marcharse fue interceptada.

—Hola Yerena. ¿Qué haces acá?

—Detective Nola, que sorpresa.

—Digo lo mismo. Cómo está la familia.

—Bien. Si, bien. No sabía que trabajaba en esta estación.

—Digamos... que estoy de paso. Es solo por unos días.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Creo que no...

—Yo creo que sí. Encontré esto que dejaste sobre el mostrador. Qué curioso... dice anónimo. ¿Intentabas dejarlo? ¿Algo que deba saber?

Decidió callar.

—Te estuve observando desde que ingresaste —dijo—. Te reconocí. ¿Te pasa algo, Yerena? —Le devolvió el sobre—. Conozco a tu padre hace muchos años... Somos amigos. Si tienes algún problema y puedo ayudarte... lo haré con gusto. No tiene que enterarse.

Tenía dos opciones: huir con la carpeta o contar la intención de la visita. Se le ocurrió que el detective podía hacerle algún comentario a su padre que la obligaría a contarle, así que, decidió la opción más previsible: enterarlo sin muchos detalles. Fue inevitable

—Vete a casa. Ya veré que hacer —dijo después de escucharla y sonreír por la ocurrencia. Se quedó con el sobre...

Al salir de la estación corrió imaginando un demonio a sus espaldas. Llegó lívida al auto que el alma se le debió desencajar del susto.

—¿Qué ocurrió? —preguntó inquieta Aby.

—Pon tu mano en mi pecho... creo que no tengo corazón.

Debió pasar un buen rato para que recuperara el aliento y la enterara de lo ocurrido.

—No puedo creerlo. Sí que eres tonta.

—Por lo menos lo intenté, así que merezco un: gracias.

—Vamos. Haré algo mejor que eso. Te invito a comer papas y hamburguesa sin manuscrito.

—Que bien. Más que merecido, amiga.

Sonrieron. La risa llegó natural y oportuna para calmar los nervios.

Yerena encendió el auto...

Había prisa por terminar. ¿Qué capítulo escribía? Su rostro enlutado no quería saberlo. Tenía la firme intención de desahogar todo su dolor y esparcirlo al aire, antes de encaminarse en el sueño eterno sin retorno. Decidió hacer una pausa para alimentarse mientras veía la televisión. Hacía más de cuatro horas que no parpadeaba desahogándose sobre el papel, luego de que la llamada recibida no fuera la que esperaba: aquella llamada celestial. Sak consideraba que el tiempo que le faltaba por vivir era una especie de estertor sin final. Eso explicaba por qué no tenía miedo de morir.

Fue entonces cuando lo escuchó del noticiero de las siete.

«El reporte de la policía encargada de la investigación en la universidad de West London, relacionada con el accidente del joven el pasado jueves, a quien identificó como Brado Sulvan, ilustra sobre el descubrimiento de una evidencia escrita hallada entre los escombros donde fue encontrado el cuerpo, que según los análisis de expertos en el tema, puede estar relacionada con el trágico suceso. Se trata del capítulo dos de lo que

podría ser una historia real, y la causa motivadora de un suicidio. El joven se encuentra en estado crítico y se espera su pronta recuperación para resolver el caso.

Fue todo.

Sak golpeó la mesa con hostilidad que sacudió el plato con comida.

—Es mi historia. No puede haber más muertes que la mía —dijo.

Capítulo 6

El agua de la piscina ondeaba mecida por la brisa de la tarde. El sol la acariciaba con sutileza como a una doncella de piel dócil y seductora. Había muchas. El equipo de natación femenino estaba entrenando. La simple razón para que el espacio se hubiera transformado en un imán de hombres motivados que sentían el paisaje como una caricia virtual en su propia piel. Para sus atontados ojos, aquellas majestuosidades no estaban en un estanque del campus universitario. Los piropos las habían convertido en fantásticas sirenas de un mundo acuático en el fondo del mar. Y estaban prestos a rescatarlas.

No fue un buen día para Aby. Su entusiasmo está resentido. Todos lo notaron. Devenson con mayor razón que no paró de hostigarla durante el entrenamiento. «Nadas como una tortuga, Aby, hasta mi abuela podría ganarte». Un nocivo comentario que se convirtió en canción psicológica por dos tortuosas horas, y que debió ser el hazmerreír de todos, pero no fue así. No estaban a gusto con la faena de martirio que convirtió la clase de natación en un cuadrilátero de agua, con un solo pugilista haciendo daño.

Los cerebros de las nadadoras incluyendo a Aby, se deleitaban gritando: Infame... Infame... Infame. No era una sensación sonora pero parecía escucharse. Algunos de los presentes se debieron unir a la ovación mental.

Terminado el entrenamiento fueron directo al vestidor. La única conversación era el susurro desestresante del agua que parecía música vertiendo de las duchas.

El agua fría corriendo delicada sobre su piel desestresó sus músculos. Habría querido que un torrencial de agua le hubiera enjuagado el alma. Sentía un ligero malestar emocional. Sabía de qué se trataba y no tenía nada que ver con el entrenamiento.

Irina se le acercó con una toalla turbante en su cabeza cuando reposaba sobre la banca de cemento afuera de la ducha. Estaba vistiendo su prenda deportiva.

—Te ves fatigada, Aby. ¿Trasnocho, diversión, Yareh?

—Ninguna de las anteriores, amiga.

—¿Alguna preocupación?

—Nada que importe.

—Si te sirve de consuelo, el Infame me tenía abrumada.

—Ni lo menciones... los halagos eran para mí.

—No creo que todos —indicó Zara—. También me hice acreedora a una de sus rabietas.

—Oigan... alguien afuera parece no estar a gusto —comentó Noamar que apenas ingresaba al vestidor.

—Hoy somos carnada para el Infame, amigas —afirmó Irina.

—Devenson parecía con rabia canina. Deberíamos recomendar que durante los entrenamientos use bozal con clavos de acero incrustados en la piel —sugirió Dania.

Una risa nerviosa y colectiva se escuchó con eco.

—Que extremista eres... —dijo Lizbeth que no paraba de reír.

—Nunca se sabe, amigas —respondió.

Salieron juntas del vestidor luciendo sus prendas deportivas que todavía atrapaban miradas. Pero nada comparable con la atracción gravitacional de una atrevida prenda de baño sobre un cuerpo escultural que te provoca dolores de cabeza. Menos mal que la gravedad de la tierra controla las emociones de los hombres para que no se salgan de su órbita a cualquier hora.

Aby traía puestas las gafas de sol y el cabello de risos suelto que destilaba agua sobre sus hombros; durante el entrenamiento lució recogido en moño de doble nudo debajo de la gorra de baño. Ya era libre.

El entusiasmo duró poco. Serían interceptadas por aquel que sus cerebros no dejaron de repudiar. Pero de él solo se escuchó el nombre de Aby.

—Infame a la vista —dijo Zara escabulléndose con sus amigas sin dirigirle la mirada.

—Adiós, Aby —dijeron casi en coro.

—Nos vemos mañana —expresó Aby que intentó desviar su camino y aligerar el paso.

—No tan rápido, Aby —dijo el entrenador de natación al enlazarla con su voz como a un carnero. Era la segunda vez que coreaba su nombre.

Quedó inmóvil y sin libertad condicional.

Se le acercó cauteloso.

—¿Ibas a correr? Esa era precisamente la actitud que esperaba en la piscina.

—No lo escuché, señor —manifestó temerosa.

—Supongo que en el entrenamiento tampoco lo hiciste —dijo con voz rígida—. No estuviste brillante, Aby. Has bajado el rendimiento en «crol» en la última semana. ¿Alguna distracción?

—Lo siento —expresó con timidez—. Creo que... he estado atareada más de la cuenta.

—El campeonato está cerca. Ya lo sabes...ni excusas ni distracciones. Y si te retrasas de nuevo al entrenamiento... estarás fuera.

Enmudeció. Su semblante asustadizo fabricó una monería como respuesta inmediata para desaprobar el comentario. Prefirió no escuchar una palabra más y se perdió de la vista del entrenador acelerando el paso. «Por tu culpa pedazo de papel», susurró. El asunto del manuscrito le estaba complicando la vida tontamente. ¿En verdad era el manuscrito, o su interés iba más allá? ¿Habría muerto? ¿Qué problema sin solución lo incitó a lanzarse al vacío? ¿Tendría enemigos? Lo cierto es, que ese pedazo de papel era el responsable de su retraso, específicamente el capítulo dos que recibió de su amiga, y que decidió curiosear a la hora menos indicada.

Devenson, de descendencia alemana, no era para nada el entrenador afable y condescendiente. Su personalidad autócrata ya era conocida en el campus por casi una década. Era su estilo personal para lograr resultados positivos que ya le habían merecido el respeto entre los estudiantes, y el apodo del "Infame". Sonaba sutil pero era igual de siniestro al pronunciarlo. Les gustaba hacerlo como diversión para bajar el estrés que les producía hasta el saludo. Su aspecto militar no estaba oculto entre la ropa. Tenía rasgos que se quedaron tatuados como un distintivo en sus cincuenta y cuatro años de vida.

—Que idiota —murmuró después del silencio y la distancia.

Sin duda el molesto comentario de su entrenador le bajó el ánimo. ¿Era una amenaza? No había tenido tiempo para pensar en sus múltiples ocupaciones. Ya era hora. La situación la obligaba a hacer un alto para reorganizar los compromisos universitarios y personales, o perdería su cupo en el equipo de natación. Su gran pasión. No estaba dispuesta a darse ese lujo. Iría a buscar a Yerena para enterarla. Necesitaba una

porción de entusiasmo y ella era la indicada.

Al llegar a su casa la encontró extrovertida como era celebrando lo que no esperaba. Estaba acomodada en el sofá frente al televisor en la sala de estar. Su hermano Niel fue quien le abrió la puerta después del tercer toque. Un raro suceso para recordar. No era muy sociable a su edad cuando mantenía una estrecha relación con los videojuegos.

—¡No puedo creerlo! —Expresó Yerena—. ¡Lo logramos!, Aby. Ven acá.

Corrió a abrazarla antes de que llegara.

—¿Logramos qué?

Su amiga que recién ingresaba no comprendía la efusividad.

—Regresar las pruebas para la investigación.

No paraba de celebrar.

La euforia que brotó desde su boca animada la contagió para que festejaran con movimientos de danza y un fraternal abrazo.

Habían enloquecido. ¿La razón? La misma noticia que enervó a Sak sobre el accidente en la universidad de West London.

Ahora ya no tendrían culpas. El detective Nola hizo bien su tarea. Había sido afortunada al encontrarlo en la estación de policía.

Luego de enterarla Aby preguntó:

—¿Dijeron algo sobre el estado del joven?

—Crítico.

—¿Y... su nombre?

—Espera... acá está —lo había escrito en una libreta que dejó al lado del televisor—. Brado Zulvan. Supuse que te interesaría.

—Eres la mejor.

—Siempre lo he sabido. Por cierto... ¿qué te trae por acá? No te esperaba. ¿Tomas algo?

—Estaba bajita de ánimo. No tengo sed ni hambre y... El Infame amenazó

con sacarme del equipo de natación.

—Eres de las mejores. ¿Cómo puede hacer eso?

—Hoy no estaba de buen humor. Y por estar leyendo lo que ya sabes... llegué tarde al entrenamiento. Una más y estoy fuera.

—Ven. Acompáñame a la cocina —se sirvió un vaso con leche y un bocadillo de guayaba—. ¿Segura que no quieres?

—Muy segura.

—El Infame no deja de ser infame. Nada lo hará cambiar. Y no le importa si tiene que expulsar a la mejor del equipo para conservar su reputación. Eso te lo aseguro —Sandy, su novio, ya había vivido esa experiencia.

—Las chicas bromearon... lo cogieron de burla, y cuando nos interceptó a la salida del vestidero se esfumaron.

—¿Quién no? Bueno... si te sirve de consuelo, amiga, ya no tendrás un distractor literario. Si Brado no muere, no creo que quede con aliento para continuar la historia.

—¿Crees que es el autor?, ¿por qué tan segura?

—¿Y por qué no? De no serlo... ¿qué te hace pensar que los demás capítulos te llegarán como por encargo? Olvídate del asunto, consigue un nuevo novio si Yareh ya no está en tus planes, y entrena como loca si quieres vencer en el campeonato. O...

—¿Qué?

—Dale gusto al Infame.

—Ni loca —afirmó.

Capítulo 7

Nadie lo vio llegar.

Ni siquiera el paciente se enteró que estaba allí.

Un hombre joven salió de la habitación 312 con apariencia de pintor. Llevaba consigo un libro entre las manos. Su cabellera larga parecía estática sobre sus hombros. La gélida expresión de su rostro indicaba no tener vida. Por alguna razón aparentaba ser un terreno baldío en el que el destino comprimió una década de desesperaciones. ¿Cuáles? Los ojos grises colmados de penurias y acorralados en su laberinto, y la mirada estacionada en algún vagón del tiempo eran parte de la respuesta. Simplemente, el amor se ausentó de su vida por algún insólito suceso.

La primera escena en la cafetería se repitió con algunas diferencias. Esta vez, era la cafetería de la universidad, no había un extraño que atrapara su interés, ni un manuscrito que la hiciera correr como loca. Y a cambio del pan recién horneado, el olor a empanadas de papa y carne se hacía apetecible. Eran famosas en el campus.

—¿Qué pasa con Yareh? —preguntó Yerena.

Un silencio nítido y profundo habló primero. Luego...

—Se acostó con Zuilvan.

—¿Zuilvan? ¿La ex de Francis?

—Sí. La misma.

—Soy toda oídos. Cuéntame los detalles...

—¿Necesitas tema para tu página sentimental en Facebook?

—¿Cómo se te ocurre, amiga? Soy una tumba para guardar secretos sentimentales.

Unió el pulgar con el dedo índice de su mano derecha y los deslizó de izquierda a derecha sobre los labios simulando un cierre.

—No seas ridícula, Yerena. Debes ser una tumba con cerrojo y llave...

—Si lo dices por lo que conté de tú y Nic, éramos niñas. Qué niño piensa para decir las cosas.

—¿Y lo de Samik?

—Éramos adolescentes.

—Y qué adolescente piensa para decir las cosas. ¿Cierto? Y ahora que somos adultos... ¿Cuál es la disculpa?

—¿Me vas a contar o no?

—No te preocupes, amiga. Tienes un corazón más grande que la lengua. Por eso te quiero. Solo te diré que se acabó. Somos amigos.

—¿Y Yareh lo aceptó?

—Es su problema.

—¿Podrías intentarlo con Nicky?

—No estoy desesperada. Y no es mi tipo.

—Tiene un lindo trasero.

—Y un cerebro vacío. Es hora de conocer hombres con sentido de la vida.

Había citado una frase que podría ubicarla entre la espada y la pared. En los asuntos del corazón, es el corazón quien tiene su propio razonamiento.

El melódico tono le avisó de un mensaje en el celular. Lo leyó:

«No olvides acompañar a tu madre al hospital”. Era de su padre.

—Demonios, papá. Hoy estoy atareada —susurró con claridad observando la hora en el celular. La confirmó con el reloj de pulso sobre su mano izquierda. De inmediato su cerebro calculó el tiempo para recoger a su madre, el tiempo de la cita, el traslado a casa para dejarla y la hora del entrenamiento de natación para que el Infame no la agrediera con expulsarla del equipo. Su padre ya le había solicitado el favor varios días atrás luego de enterarse de un compromiso ineludible en la empresa con algunos proveedores...

La excusa era suficiente para ausentarse. Enteró a Yerena de la ida al hospital para suavizar su enojo pero no hacía falta. Sandy llegaba en el

momento preciso. Un alivio en la nueva escena del abandono por parte de su amiga.

—¿Qué será de Brado Zulvan? ¿Crees que te alcance el tiempo para visitarlo? —preguntó Yerena.

—No creo. No puedo dejar a mi madre sola para saciar una curiosidad.

—Puedes llevar a Renata. Tal vez tengas suerte y halles algunas respuestas.

Era su hermana menor. Tenía quince años cumplidos y mucho por aprender.

Frunció el ceño sin afirmar o contrariar la recomendación de su amiga.

—Adiós. Tengo que irme si quiero que me alcance el día. Que se diviertan...

Se esfumó alargando el paso, contando los minutos y sin dejar de pensar en el Infame.

—Espero que hoy no tenga la andropausia activa —dijo risueña.

La tarde y su alma tenían el mismo aspecto sombrío. Así lo delataban sus ojos donde se apreciaban ripsos de tristeza. ¿Alguna razón? ¿Yareh?

Para su corazón su amigo sentimental ya era parte del pasado. En el presente solo tenía cabida como un ligero amigo. Y cómo iban las cosas terminaría siendo apenas un conocido. Y luego... un desconocido. Como fue antes de que se lo presentaran.

Se encontraba en el mismo hospital donde estaba internado Brado Zulvan. Era su madre la causa de la desolación del alma. Por alguna razón le había hecho caso a su amiga... La acompañaba junto con su hermana Renata, a un examen de resonancia magnética de la cabeza que el neurólogo le diagnosticó para descartar un aneurisma. Ya había una historia familiar que no podía obviarse. Era otra posible situación médica que se sumaba para completar la trilogía de enfermedades que la agobiaban y que ya comenzaba a agredir sus corazones. Fibromialgia fue la primera edición cinco años atrás, y Alzheimer la segunda desde hacía un año y la más impactante, cuando ya posee un día mundial para sensibilizar su pasivo y aterrador efecto: "El reseteo de la vida vivida".

Por un leve instante recordó la primera parte del párrafo de aquel primer capítulo del manuscrito aquel... Las tétricas palabras por las que imaginó

un escalpelo lacerar su corazón:

«Todavía me atormenta la mirada de mi madre. La radioterapia le decapitó la alegría extraviada, que antes el destino convirtiera en pánico con la muerte de papá».

La frase era como uno de esos recuerdos o pensamientos: buenos o malos, que sin quererlo, invaden la memoria de corto plazo y se instalan allí de por vida sin pedir permiso. No necesitas repetirla ni una sola vez para que el cerebro la adopte como su mascota.

Los diagnósticos de las enfermedades de Yesenia (su madre), no eran alentadores para la familia. Al parecer, ya la estaban perdiendo en vida.

Luego de que Yesenia ingresara a la sala para el examen de resonancia, un pensamiento necio sedujo a Aby para...

—Espera acá, Renata. No demoro —le indicó a su hermana.

—¿A dónde vas? Mamá saldrá en cualquier momento.

—Ya lo sé. Tienes edad suficiente para estar con ella a solas por unos minutos.

—No demores. Se supone que eres la responsable.

—Tú también eres su hija. Se supone que la amas. Demuéstralo con hechos. Y deja por un momento quieto ese estúpido celular donde tienes atrapados tus amigos.

—No seas sarcástica, Aby —expresó con enojo.

—No seas inútil, Renata —respondió con sutileza mientras se alejaba.

Fue por causa de ese comentario suelto de su amiga Yerena, que decidió averiguar sobre la salud de Brado Zulvan. Había pasado una semana desde el accidente y tan solo un día de haber sido trasladado de la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos). Luego de consultar en información se atrevió a visitarlo. Debió ir hasta el tercer piso. Se detuvo al frente de la habitación 312. Luego de esparcir la mirada alrededor Aby ingresó cautelosa al abrir la puerta. Una cantidad de pensamientos inimaginables y otros irreconocibles pesaron sobre su cuerpo desde la altura de su cabeza. «De nuevo en acción con mis locuras», pensó.

—Con permiso —se escuchó su voz tímida que marchaba delante de ella.

La acompañante la saludó con un gesto emotivo.

—¿Eres familiar? —preguntó Aby.

—Soy su hermana: Clarice. ¿Quién eres?

—Soy Aby. Bueno... no soy su amiga... En verdad... soy una entrometida...

—Hace rato llamaron por teléfono, dijeron que alguien de la empresa vendría a verlo. Creo que tiene que ver con el riesgo laboral.

—No soy yo. Te lo aseguro. Estudio en la universidad donde se accidentó.

—También yo. Aquel día no tuve clases en la mañana. Habría enloquecido al verlo.

—Siento lo del accidente. ¿Ahora duerme?

—Lo ha hecho todo el día. O eso creo... No llegué temprano en la mañana. Creo que lo han dopado para soportar el dolor. Hasta ayer estuvo en cuidados intensivos.

—Es un alivio que ya esté en una habitación.

—Si. Eso indica que hay mejoría —comentó emocionada—. Me refiero al golpe en la cabeza. Por lo demás, algunas costillas fracturadas, rodilla derecha lesionada, lesión de columna, traumas musculares y dolor... suficiente para estar en cama por un buen tiempo.

—¡Vaya! No quisiera estar en sus zapatos.

—Ni yo —respondió su hermana.

En ese momento Aby se había liberado del peso simbólico de los pensamientos, y la timidez ya se había curado. Fue entonces cuando ingresó la enfermera: Joven, atenta, de piel blanca, risueña, anhelando ser alta pero lejos de serlo, y por lo visto, bastante atareada. Llevaba prisa que hasta el saludo fue rápido. Revisó la lectura de los equipos, tomó nota, inyectó medicamento en el suero y revisó el cajón del nochero buscando algo. Lo que encontró no era precisamente lo que buscaba.

—¿Podrías guardar esta carpeta en otro sitio? O pueden llevarla para evitar que se pierda —se dirigió a Clarice.

—No recuerdo haberla visto —dijo—. ¿Es del hospital?

—No —respondió la enfermera—. Debe ser de ustedes.

Clarice La cogió para revisar su contenido.

—Capítulo tres —leyó—. ¡Qué curioso!

—¿Qué dijiste? —preguntó Aby, conmocionada por lo que creyó escuchar.

—Qué curioso.

—No. Lo primero.

—Capítulo tres. ¿Es tuyo?

—No. Déjame verlo.

La enfermera se retiró en silencio.

Aby lo hojeó sin entrar en detalles. Una extraña sensación recorrió su cuerpo por dentro y por fuera mientras lo hacía. El capítulo tres lo tenía entre sus manos. No podía creerlo. ¿Estaba soñando? ¿Estaba soñando? ¿Estaba soñando?... pareció preguntarse muchas veces. Ahora estaba segura de que Brado Zulvan no era el autor ¿Cómo pudo escribirlo después del accidente? Cuando logró recuperar el sosiego en su interior se acordó que no estaba sola.

—¿Crees que sea de tu hermano? —preguntó solo por curiosidad.

—No lo creo. Esto me recuerda el capítulo dos. Si es que se trata de lo mismo. Es por lo que me pareció curioso. Lo encontré en la biblioteca de la universidad sobre la mesa. Leí algo por curiosidad. Lo llevé a la casa para leerlo luego pero no lo encontré.

—Fue hallado en el sitio donde cayó tu hermano. En las noticias mencionaron que probablemente se trataba de un suicidio.

—No lo sabía. Mi hermano jamás se suicidaría. Le tiene miedo a la muerte. Ni siquiera la imagina para no aterrarse.

Aby no creyó prudente mencionar la odisea para entregar el manuscrito del capítulo dos a la policía. Y aunque lo pensó, no se atrevió a mencionar que tenía conocimiento del asunto.

—Bueno. Es claro que tu hermano tuvo un accidente de trabajo —comentó—. Supongo que intuyeron lo del suicidio por el contenido.

Clarice suspiró.

—Así que mi hermano lo curioseó en la casa y decidió llevarlo al trabajo para terminar de leerlo.

—¿Te lo llevarás?

—¿Bromeas? No quiero ni saber de qué se trata. Puedes quedártelo si quieres. Es tuyo. No me interesa para nada al imaginar que por estar entretenido leyendo esa cosa mi hermano cayó al vacío. Qué curioso... le tiene miedo a la muerte y la buscó sin pensarlo. Me hace creer que no es un documento corriente... ¿Cómo apareció en esta habitación del hospital?

—Silenció por un momento—. Tiene que ser maligno —concluyó.

Hay quienes dicen que la curiosidad es mala consejera.

Pues bien... La pregunta de Clarice la dejó en ascuas. Sintió pena por su hermano que todavía no se recuperaba y quien sabe qué consecuencias le quedarían después de semejante caída de más de veinte metros. ¿Estaría maldito el manuscrito y ahora se ensañaría con ella para hacerle daño? Fue lo que se le ocurrió pensar después del comentario de aquella... Ya eran tres capítulos que tenía en su poder.

Aby era obstinada, así que, decidió que lo llevaría consigo. Se despidió rápidamente de Clarice y se dirigió al primer piso para encontrarse con su hermana y su madre.

Ya no estaban.

Capítulo 8

Sak pensó que había hecho lo correcto. Dejar el manuscrito en el hospital, directamente en la habitación de Brado. «Si la policía lo encuentra, ya se enterará de que no fue un suicidio», debió pensarlo para atreverse. Tal vez imaginó, que en caso de recuperarse, retornarían a visitarlo como parte de la investigación. Contó con suerte al encontrar al paciente dopado doblemente: con medicamentos y sueño. Se las ingenió para hacerse pasar por un familiar luego de que se enterara por boca del vigilante que nadie lo acompañaba.

Estaba en lo cierto con la especulación, igual que lo dedujo Aby, no había forma de que lo escribiera en su estado.

¿Cuál era la verdadera intención de Sak con el manuscrito completo? Esparcir cada capítulo por la ciudad no tendría sentido. Serían trozos de un rompecabezas literario que nadie imaginaría con una intención en particular. Ni siquiera se enterarían de la existencia de varios capítulos. Por deducción lógica, se me ocurre pensar lo que diría cada quien que se encontrara uno...: «el dueño de la novela perdió un capítulo». Fin de la historia. Pero por casualidad estaban llegando a las manos de una misma persona. ¿Estaba premeditado?

Por lo menos se sintió complacido con la intención. Había entregado la encomienda no solicitada y era lo que importaba. Estaba en paz consigo mismo. Era su misión. Era su tragedia. Era su historia... Sería su muerte. ¿Sería su muerte?

Camino a su destino se detuvo para comer algo y tomar un refresco.

No podía ocultar su preocupación. Estaba que lanzaba el celular lejos de la ira.

«Ya me las pagaré», lo sentenció. Pensaba en Renata.

El celular sonó cuando iba camino a su casa en el autobús. Decidió no contestarlo. Por el tono del celular, era su padre. Lo confirmó al visualizar su imagen. Supuso que estaba enterado del abandono en el hospital. Jamás la había llamado desde que había ingresado a la universidad, y solamente una vez desde que le había obsequiado el celular. Lo hizo para que guardara su contacto. ¿Por qué ahora? Estaba segura que su encantadora hermana Renata, que no perdía oportunidad para delatarla por cualquier tontería, ya la había denunciado. Fue fácil deducirlo cuando no quiso contestar las llamadas... Perdió la cuenta del número de veces consecutivas que la llamó rechinando en sus adentros, algunos

pensamientos onerosos en honor a su fidelidad y apoyo. Ya conocía su agrio temperamento y lo poco servicial que era.

Es preferible no mencionar los aforismos que le dedicó por cada llamada sin contestar, pero debieron bajar por la espalda de su hermana menor en forma de braza candente con la intención de calcinar sus huesos. Fue solo una pacífica y fantasiosa pretensión de su autora.

Un zumbido llamó su atención.

«Se supone que eras la responsable de acompañar a tu mamá al médico y llevarla de nuevo a la casa».

Fue el mensaje por WhatsApp que recibió para confirmar su hipótesis. Por lo menos la tranquilizó al enterarse de que ya estaban en la casa. Suficiente para no llamar y cambiar de planes. Sin pensarlo, descendió prontamente del autobús y se encaminó a la universidad preocupada por el entrenamiento de natación.

«Espero que el Infame no corra mucho», meditó.

Mientras se dirigía... llamó a su amiga Yerena. Estaba impaciente por enterarla del hallazgo. Y lo hizo después del saludo como si fuera un telegrama.

—¡Qué! ¿Ahora eres una especie de cazadora de historias? —indagó, Yerena.

—Los detalles te los cuento más tarde. Por cierto, no fue buena idea la sugerencia de llevar a Renata. Por bocona ahora tendré problemas con mi padre.

—Siempre es un placer ayudarte.

—Prefiero que no en los asuntos familiares. Ni en los demás...

—Vaya, que buena amiga eres.

—Siempre es un placer agradarte —dijo risueña.

De nuevo el zumbido. Y de nuevo otro mensaje.

«Si no le puedes dedicar tiempo a tu madre, ya tienes edad para que hagas tu independencia».

—No está mal, papá, pero no ahora. Mamá me necesita —respondió para

ella sin contestar el mensaje de texto.

Ahora había un motivo para asesinar hipotéticamente a su hermana, o lucirse en el entrenamiento para desahogar su rabia. Se despidió de Yerena al perder la motivación.

Capítulo 9

Yareh estaba decidido a cambiar la situación sentimental con Aby. ¿Cómo? No tenía idea. Pero iba a intentarlo. Una noche pasional con Zuilvan es algo que no se borra del cerebro fácilmente. Todavía zumbaban los mordiscos de ella en sus orejas y cada trozo exquisito de su piel estaba fresco en sus recuerdos... Qué no diremos del coito.

¿Quién en la universidad no querría tener sexo con la rubia Zuilvan Hajares? Su insoportable sensualidad al caminar y sus curvas tangenciales eran más que un pretexto para ser imprudente con un orgasmo a alta velocidad, luego de cometer todas las infracciones por circular despacio sobre su cuerpo y estacionar en lugares prohibidos. Demasiado prohibidos para él, cuando tenía una relación amorosa formalizada desde hacía tres años. Por lo que sé de Yareh, ese era un apetecido pecado que cometería quien sabe cuántas veces.

Lo que no dimensionó el patético de Yareh, tenía que ver con la relación estable y seria que iba por buen camino. Por desventura un día se le ocurrió ir en contravía y le gustó... No era la primera vez que emprendía una aventura ajena en medio de la relación formal con Aby. Pero era la primera vez que no tenía escapatoria.

Fue por culpa de ese delicioso perfume de mujer. Durante la relación sexual su impecable aroma se había fijado rotundamente en la piel de Yareh y alargado su efecto de forma permanente. Se suponía que era un olor único, personal e intransferible. Eso es lo que dicen algunas etiquetas sobre los perfumes; las había leído. Pero este aroma... ¿iba a quedarse a vivir en su tegumento para delatarlo? «La rubia tenía sus trucos», debió pensarlo. Simplemente, estaba absorto con tenerla y disfrutarla que, todo lo demás, no le importó.

Al parecer, a su rubia amiga no le quedó un solo poro de la piel por cubrir con la fragancia. Se había bañado con ella de pies a cabeza. Por su alta concentración y su aroma penetrante hasta el alma le quedó impregnada de ese bálsamo... Yareh recuerda la dificultad que le dio retirar el aroma, que hasta lavó sus labios con jabón de ropa cuando los restregó sin cansancio sobre aquella piel elástica y fresca, sin escrúpulos ni fronteras, y aunque intentó ocultarlo bajo la gruesa capa de su colonia, cometió dos errores: no la esparció por todo su cuerpo, y se le ocurrió tener una relación sexual con su novia casi que el mismo día. La molesta situación por la que su enamorada se enteró de su infidelidad.

Sí. Aby se lo rechinó en la cara. Y Él igual lo hizo en frente del espejo.

«Estúpido».

Zuilvan asistía a la misma cátedra de humanidades con ella, por lo que conocía perfectamente el aroma que acostumbraba a usar cuando se sentaba a su lado en el aula de clases. Ya lo había memorizado su olfato al punto que el margen de error sería nimio. ¿Cómo dudarle cuando días atrás... los vio platicar muy cercanos y sonrientes? No estaba enterada de cómo se habían conocido. El jamás lo comentó y ella no se interesó en saberlo. Pero sentir aquel aroma atormentador en el cuerpo de su novio, ya era demasiado.

Se le veía feliz a pesar de la tormenta vivida por culpa de su hermana. Sus amigas y compañeras del equipo de natación: Irina, Zara, Noamar y Lizbeth la acompañaban radiantes. No había duda que el entrenamiento tuvo sus recompensas. Devenson se despidió sonriente de ellas levantando la mano. El Infame se veía complacido que por aquel día debió perder el apelativo acusador.

Yareh la divisó a la salida del entrenamiento. Estaba desesperado por reconquistarla y mucho más desesperado por no volverla a ver. La rubia fue solo un pasatiempo. Por lo visto le encantaban los pasatiempos de ese tipo.

Se paró en frente suyo.

—¿Qué haces? —Preguntó cuándo repentinamente impidió su avance. Dedujo al verlo que la felicidad es pasajera. Sus amigas se escabulleron como la vez anterior. No era con ellas...

—Debemos hablar —dijo sumiso tomándola del brazo derecho.

—Sobré qué. ¿Tu nueva amiga? ¿Quieres que te recomiende un nuevo perfume para la noche? Que iluso eres, Yareh. —Sacudió su brazo para zafarse. Ya no era la dócil y tonta chica que conoció tres años atrás—. Basta de acosarme.

—No seas hiriente, Aby. Fue solo un error. Ya te lo dije —su actitud sumisa comenzó a cambiar.

—No es error cuando se disfruta demasiado. ¿Qué dirías si te digo que me enteré de algunos otros que también cometiste en este año? Y quién sabe cuántos más forman parte de tu colección de errores. Ya no soy la estúpida de antes, Yareh. Pero tú, sigues siendo el de siempre. No tiene caso que sigamos discutiendo sobre lo mismo.

—No puedes creer todo lo que te digan tus amigas.

—¡Ah! ¿Debo creer solo lo que tú me cuentas? ¿Es alguna nueva regla que hay que cumplir? Se acabó, y no hay nada que puedas hacer. Te ofrezco mi amistad... con restricciones.

—No quiero tu estúpida compasión, Aby.

—No tengo más para ofrecerte. Es hora de recuperar el tiempo perdido.

—¿Perdido?

—Sí. Perdido. Eso fue. Lo siento. No tengo otro calificativo que lo merezca.

Lo había desarmado mirándolo de frente, a la cara, sin posibilidad de excusa... Los cuarenta músculos faciales recrearon en milésimas de segundos una expresión de odio que ella jamás había experimentado de él durante la relación. Debió marcharse con el orgullo alicaído.

—No ha terminado, Aby —le gritó desde la distancia.

—Ya lo veremos, Yareh —susurró molesta—. Ya la última gota de tu estupidez rebasó el vaso de mi mansedumbre.

No había nada qué hacer. Estaba decidida a emprender una nueva vida, a darse otra oportunidad sentimental. No era precisamente el desenlace que esperaba para aquel día. Lo inició con Yareh como tema en la cafetería de la universidad, y lo finalizó con el mismo protagonista en el mismo lugar. No era para nada excitante.

¿Hasta cuándo el suplicio?

Capítulo 10

Por la ola de compromisos académicos y deportivos, el tema del manuscrito se olvidó de momento. Ya hacía una semana que no se hablaba del tema. Fue hasta cuando Clarice se cruzó con Aby en la universidad. Lucía extrovertida y animada. Era un buen pronóstico para el momento.

—Hola, Aby.

—Hola Clarice. Qué bueno verte. ¿Y... tú hermano?

—En recuperación... Ya le dieron de alta. Un par de meses y estará de regreso en el trabajo. Y adivina que...

—¿Qué?

—Le pregunté sobre el manuscrito aquel que halló la enfermera en la habitación, pero no tenía idea... Y efectivamente, mi hermano el curioso... llevó al trabajo el capítulo que supuestamente hallaron en el sitio del accidente. Lo estaba leyendo...

—La curiosidad no es para nada buena consejera. ¿Le dijiste?

—Eso fue lo que hice después de que me escuchara. Le hacía falta un buen escarmiento.

—¿Y cómo fue que apareció otro capítulo en la habitación?

—Si él no lo sabe... nosotras menos.

—Es raro. ¿No crees?

—Bastante raro. ¿Aún lo tienes?

—Tres capítulos —respondió animosa.

—Suerte con la colección. Si me entero de otro te lo haré saber. Nos vemos.

—Claro que sí. Adiós.

La intriga de los tres capítulos retornó a su cerebro. Creyó que sería buena idea retomar el tema para leerlos con detalle en su totalidad. Pero los compromisos orbitando en su cabeza le recordaron que no era

conveniente.

—Todo a su momento —musitó. La temporada de los juegos de natación estaba a pocos días. —Primero lo primero —dijo antes de dirigirse a clase.

Estuvo vigilando por más de una hora sin ocultarse realmente. Había entablado conversación con el señor de los jugos que tenía su puesto de trabajo en la esquina, sin que se percatara de nada en lo absoluto. Una cuadra era la distancia perfecta para estar enterado. La vio salir de la casa y alejarse cargando su bolso que llevaba algunos libros y cuadernos. Conocía a la perfección su horario de clases. Por el contrario, había muchas cosas que Aby todavía no conocía de Yareh, y una de ellas era el cinismo.

Pasaron cerca de diez minutos para que Renata abriera la puerta respondiendo al llamado...

—Hola, Yareh —dijo despreocupada, sin la intención de consultar su interés.

—Aby me llamó para que recogiera un documento de su habitación... Debo llevarlo a la universidad...

—No creo que me interese —respondió retornando a su actividad con la computadora en la intimidad de su alcoba. Era adicta a las redes sociales. Un asunto para nada novedoso en este siglo. ¿Qué joven no?

Se dirigió a la habitación de Aby que conocía de memoria. Buscaba algo sin saber qué, que pudiera usar en su beneficio para recuperar el amor fracturado por sus bríos aventureros. Observó con detenimiento cada espacio al indagar en la amplitud de la habitación, hurgó cuidadoso en la mesita de noche cuidando de no alterar la ubicación de las cosas... y finalmente, su mirada inquieta se alojó en el baúl. ¿Estaría adentro? ¿Qué cosa? Ni él lo sabía. Antes de atreverse dirigió la mirada hacia la puerta para estar seguro que Renata no lo vigilara. No hacía falta. Sabía perfectamente que no lo haría. Sus emociones fraternales para con su hermana no iban tan lejos.

Bajó la lámpara puesta sobre la tapa y la abrió. Allí estaba. ¿Qué? Les aseguro que no sabía. Tan solo curioseaba, pero contó con la suerte de hallar algo. Hojeó y hojeó antes de leer sin saber dónde, decidió que sería el último párrafo para tener la sensación de haber terminado. Le tenía fobia a la lectura:

«La muerte de mi hermano todavía perdura en mi conciencia como un centelleo de dolor que nunca acaba. Su amistad era la más grande que pudiera existir. Pero la enfermedad no tuvo compasión. Todavía cuestiono el porqué de la partida de aquellos seres queridos que son significativos en tu vida. Hay tantas razones para perder el entusiasmo de vivir, y ésta es una de ellas».

Casi se creyó el autor cuando le recordaba la muerte de su hermano a quien consideraba su mejor amigo. Había muerto hacía poco más de un año de una extraña enfermedad que resultó ser congénita... Ese fue el dictamen médico. ¿Era coincidencia? Suele suceder que a los perversos todo les sale.

Retornó a la primera hoja y leyó: «Capítulo 3». De repente, su taimado cerebro le recordó un suceso pasado.

Algo había escuchado de boca de Yerena hace apenas unos días cuando él conversaba con Sandy. Eran amigos. Ella llegó tan boyante como era su personalidad para encontrarse con su novio, al verlos juntos, no pudo contener la curiosa noticia de su amiga sobre la extraña aparición del capítulo 3, que resbalaba en la punta de su lengua... Para que comprendieran el asunto, lo resumió en dos minutos mencionando la existencia de los otros dos capítulos. No se le ocurrió ser prudente con el tema cuando sabía que la relación sentimental de su amiga con Yareh, estaba más pulverizada que la explosión del universo en el inicio del espacio y el tiempo. ¿Recuerdan la teoría del big bang? Así de semejante.

¡Qué raro! No era lo que buscaba pero lo encontró. ¿Serviría de algo? La rozagante sonrisa que bosquejó su sádica lucidez, y que en su rostro se apreció como un desapacible garabato, le dijo que sí, ya se le ocurriría algo... Probablemente sería maquiavélico como su corazón; los malos hábitos sentimentales lo tenían echado a perder.

Sin dudarlo le tomó fotos con su celular al capítulo tres, y se ausentó con la complacencia de un ladrón. No se le pasó por la cabeza que antes del tres están el uno y el dos. Yerena habló de ellos. Por lo menos debió buscarlos en el mismo baúl para hurgar en su contenido. Si me preguntan... estaban en el fondo debajo de un arsenal de documentos y recuerdos. Caminó sigiloso hasta la puerta... Ni Renata se enteró de su salida cuando la imaginó entretenida en un recoveco de su dormitorio, usando los audífonos y aferrada a la pantalla del computador.

Cerró la puerta de la casa de su ex novia y casi su ex amiga. Estaba haciendo méritos. Se escabulló con el botín sin dudarlo.

Fue directo a su casa para... Ya lo sabrán.

Dicen que las decisiones de riesgo tienen que ver con la materia gris del cerebro. La tortuosa tarea tendría sus retribuciones. Era lo que pensaba. Por días se esforzó en plagiar la gramática del contenido y reinventar una historia dramática, que resultó ser un tormento incontenible que le costaría algunas canas y el cambio de coloración de su materia gris. La intención era impresionar a su amiga al tratar de convencerla de dos cosas: que era el escritor anónimo, y que la amaba.

Se le había ocurrido encaminar las emociones extraviadas, y creyó hallar la forma en el documento encontrado. ¿Tendría éxito?

No se dio por enterada que la estaba vigilando. Sabía de su interés por el manuscrito, y su obsesión por recuperarla ya estaba planeada. Su obstinación lo transformó en un animal que tenía en sus garras una infalible estrategia de caza. ¿Cuál?

La biblioteca fue el último lugar que la acogió aquel jueves en la tarde. Bastó solo un instante en el que se apartó de la mesa donde reposaban algunos libros de consulta, su mochila inflada de secretos y su libreta de apuntes que estaba por fuera, para que el dichoso plan se llevara a cabo. Fue tan sagaz como un tonto alucinado por cazar luciérnagas a pleno sol.

Tan pronto retornó a la mesa, allí estaba... sobre su libreta de apuntes: tan visible como la luna llena en un verano placido y una noche despejada. Tan evidente como una noche oscura sobre un lienzo blanco. Tan apresurado como un error reconocido antes de ocurrir. Era el número cuatro.

—¿Es una broma? —Expresó en voz baja y casi que impaciente—. ¿Quién olvidó este documento? —dijo con voz enérgica al levantarlo con la mano derecha y observar detenidamente a su alrededor, como un leopardo reparando con sigilo a su presa en medio de un silencio cauteloso. Por lo visto no tenía dueño. A cambio de agradecerle el descubrimiento, le había indignado la forma en que sucedió, porque solo indicaba una cosa: «la estaban vigilando».

¿Quién?

El vigilante llevaba prisa y no fue advertido.

Iba plácido.

El plan estaba en marcha.

¡Pobre iluso!